

PRESENCIA DEL P. PALLAIS (III)

Salvador Lacayo (1)

No he de juzgar yo la actitud de muchos señores que hasta ahora comienzan a leer al Padre Pallais. Al menos, se ve que hay preocupación, aunque sea hipócrita, por conocer esa poesía trascendental por lo cristiana, por lo sencilla y por lo humana. Encontrarán en ella naturalidad de expresión, limpidez de estilo, sobriedad del lenguaje, ausencia completa de toda ampulosidad, de toda afectación, de toda vana retórica. Son sus poemas como transparentes copas de purísimo cristal, con elegancia suma talladas, en los que brilla y centellea un sorbo de licor, dulce y embriagador, unas veces, como la ambrosía de los dioses, amargo otras veces, como el absintio de los hombres. Servido en el rústico cacharro de una frívola lectura, ha de perder la mitad de su atractivo por lo menos. La dificultad de profundizar la pulcritud de esa forma, tan artística y tan original al mismo tiempo, es el escollo en que tropiezan todos los pedantes.

He dicho que Nicaragua ha saltado en la historia de su literatura sobre la obra del Padre Pallais. No. No es posible seguir saltando sobre Azarías H. Pallais, cuyo espíritu fué víctima de las más crudas pasiones humanas, y que él supo denunciarlas en versos pulcros, de una factura impecable, de una música perfecta y de una pureza de líneas nacidas de un íntimo convivio con la armonía. Las más crueles disonancias del espíritu, de la carne, de la lengua, de la estructura de la obra de arte, toman en muchos de sus poemas el camino de la más noble eufonía. Fué un riquísimo IMAGINOSO, como decía D' Annunzio, y es menester leerlo con espíritu vivaz y abierto para seguirle en sus múltiples alusiones. Y supo mezclar y contrastar con una desteridad increíble la más pueriles y primarias emociones que le suscitan los recuerdos de su niñez con la más abominable fetidez del pecado internacional.

¿Cómo sería posible menospreciar este poeta trascendente y profundo ante los señoritos almibarados que fabrican una pseudo-poesía de confitería a montones, pero con la metódica precisión del hilo industrial envuelto sobre el cartón? ¿Dónde está la vida en estos poetas de encargo? ¿Dónde el hombre, el dolor, la alegría, el sentimiento lírico, el sentido de la belleza

(1) Cfr. ECA, 1955, 22; 1956, 1466.

eterna, la tragedia, siquiera la comedia casera? Todos estos poemas de concursos estudiantiles hacen la vida intrascendente y pasadera; pero la obra de arte profunda en que el artista sublima con su instrumento personal, su color, su sonido, su línea, su verso, los infinitos aspectos de la vida, armonizando el barro con el espíritu, hay que buscarlo por otros caminos. Ella, no está tampoco en las mesas de los cafés, ni en las revistas oficiales bien pagadas; muchas veces anda errante en las tristes y desesperadas y desgarnecidas falquitreras de los poetas malditos. Esos poetas malditos que llamaba Verlaine, fueron los maestros de la literatura contemporánea. Naturalmente no quiero decir con esto que la poesía necesite el ambiente del oficio, para prosperar y crecer. No. No en nuestros días. Y quizá al contrario: la serena tranquilidad permite más fácilmente crear la serena armonía entre la forma y el espíritu.

No. No es posible seguir pasando de largo sobre la obra poética de Azarías H. Pallais, el desventurado que para gloria de este país escribió para la eternidad algunos de los más bellos versos de las letras castellanas. Hay poetas de vida tan uniforme, quieta y aún insignificante, que sus pálidos rasgos biográficos no guardan armonía con el brillo de sus creaciones imaginativas. Los alejandrinos del Padre Pallais, son la historia de su vida, fiel y sutilmente interpretada por el arte: cada poesía es un acto; y cuanto el poeta escribió lo refrendó el hombre, con hechos sublimes y heroicos y aún con sangre de sus venas.

Vivió líricamente: no en el vulgar sentido de que se entregara a ese vacío e infecundo sentimentalismo, que aleja a los hombres de la realidad y los hace vagar por el mundo de las quimeras, sino, al contrario, porque miró de frente a la vida, con la pasión y el brío de los grandes artistas; y realizó en su ser un ideal que otros apenas aciertan a conseguir en la esfera de la ficción. Su existencia fué un poema, dedicado a Jesucristo, iluminado por el patriotismo, santificado por el amor, consagrado por el sufrimiento. Cuando recordamos los actos, heroicos para unos, incomprensibles para otros, que ejecutó sencillamente este estoico irreductible, a quien ablandó el óleo de sus vestiduras eclesiásticas, comprendemos que, aún cuando todos hayamos sido formados del mismo lodo de la tierra de donde salió Adán, hay criaturas en las cuales fijó Dios larga mirada de amor y de predilección, e hizo que la envoltura corpórea fuera vaso transparente a través del cual irradiara el divino fulgor de espíritu inmortal.

El Padre Pallais fué poeta por vocación irresistible de su alma apasionada y bohemia, alma más bohemia que la de Darío; y lo fué a su modo, siguiendo genialidad y sin preocuparse del efecto que sus versos produjeran en el espíritu de sus contemporáneos. Tenía una idea muy altísima del arte, para creer que en su cultivo debía darse importancia a los caprichos de la moda o a las exigencias del vulgo burgués. Figura entre los modernistas porque hasta él llegó la influencia de esos soles que llevaron su luz a todos los confines del mundo civilizado. Pero no fué un imitador fugaz, sino un poeta eterno, que buscó su inspiración en las prístinas fuentes del sentimiento humano; y a decir sobre Dios, la Iglesia, la Patria, la Naturaleza y el Destino, palabras inflamadas en el fuego que inspira a los videntes y profetas.

La vestidura externa de sus alejandrinos lleva la huella de la poesía juglar, y su espíritu sobrenada en las olas mudables del tiempo; y habla a

los hombres de mañana con más viva elocuencia tal vez que los de hoy; porque estos que han juzgado de cerca y sin preparación bastante, han mirado como extraño y exótico lo que visto a suficiente distancia, reviste los caracteres de la sublimidad; y porque los verdaderos vates guardan para la posteridad, revelaciones que sólo se hacen patentes después de largos años, como esas estrellas extinguidas hace siglos, cuyos resplandores llegan hasta hoy a iluminar la tierra.

La poesía es eco humano de una revelación divina; es voz que viene de un mundo superior para explicarnos el misterioso simbolismo que se oculta bajo la trivial apariencia de las cosas; fuerza de expansión que dilata los límites del universo visible; pensamiento hecho luz; sangre del corazón, convertida en vino generoso, que se escancia en cincelada copa y, sin embriagar, exalta y conforta el espíritu; don que a veces participa de cierta iluminación casi profética, mediante la cual pudo Virgilio celebrar el nacimiento de un niño, que debía renovar la tierra; Séneca predecir al descubrimiento de un mundo nuevo; Dante adivinar en la región austral del firmamento la Cruz del Sur; Nietzsche, predecir la guerra ruso-alemana y la gran crisis de valores de esta época; y Azarías H. Pallais, anunciar desde muy temprano su doloroso destino; presentir el océano de la angustia, con instinto de ave marina y llorar anticipadamente sus peregrinaciones y sus dolores de desterrado.

Rugidos de león son los alejandrinos del Padre Pallais; rugidos de dolor y de angustia. Pero en él, como en todos los espíritus poderosos, la dulzura suele brotar de la misma fuerza, como se formó el panal de miel en las enormes fauces del león bíblico. El Padre Pallais, después de lanzar contra sus adversarios las sutiles saetas vengadoras de Apolo y de hacer crujir las carnes con el hierro candente de su ironía y de su burla, se entrega a los deliquios del amor correspondido y canta al Ser Supremo con el candor del primer hombre, antes de la turbación de la caída y de la vergüenza del pecado.

La idea de Dios llena y vivifica toda la poesía del Padre Pallais, inteligencia filosófica de primer orden, que no se contenta con las soluciones parciales, sino que busca la clave reveladora de los enigmas supremos, la fuente de las primeras verdades. Podemos representarnos al Padre Pallais de pie en las orillas del mar de la eternidad, estrechando contra su pecho a la bondad humana y sondeando las tinieblas abismales para vislumbrar la luz del sol eterno. Brisas de ese mar vienen a erizar su rala cabellera, haciendo flotar su blanca túnica de poeta y arrancando angustiosos acentos a los bordones de su arpa.

El Padre Pallais, como poeta sublimemente didáctico, exponiendo la grandeza de la humildad y la heroicidad del sufrimiento, definiendo la verdadera libertad y celebrando el poder civilizador de la fe cristiana, se puso a la altura de esos grandes vates, que han sabido emplear la poesía como medio de difundir altas enseñanzas y han dado sublimes lecciones al género humano: un Lamartine, un Longfellow, un Manzoni.

El Padre Pallais, sin verse aclamado como corifeo por prosélitos de los que se hubiera avergonzado, se yergue solitario, a manera de montaña que levanta la frente para saludar o despedir al sol, cuando en la tierra reinan las tinieblas. Abrupta es la apariencia de sus rocas cortadas a pico sobre

negros abismos; escasa y severa la vegetación que adorna sus flancos. A su cumbre solitaria sólo llega la visita verpertina del cóndor, que se posa en el picado escueto para envolverse en el manto de la noche.

No. Mil veces no. No es posible saltar sobre Azarías H. Pallais, quien perseguido por todos los perros sarnosos de la envidia y por las hienas putrefactas de la humillación, vivió pisoteado estirando las manos al cielo, buscando fortaleza para su angustia innominada y cantando esa angustia en versos desgarradores, porque su alma, como la de Job, tuvo tedio de su vida.

Ahora, muerto, se ha comenzado a venerar su obra, y hasta se ha entregado su imagen a la admiración pública en el sitio más hermoso y poético del puerto de Corinto. ⁽¹⁾ Allí está recibiendo un reflejo glorioso de su cercana parroquia, que él tanto amó, y difundiendo en torno suyo ondas de luz apacible, como corresponde a la figura de un gran sacerdote y de un excelso poeta. Allí llegarán los jóvenes a recibir de ese mármol elocuente en su olímpica mudez, altas lecciones de amor a la humanidad, de virtud estoica, la dignidad cristiana; y él les enseñará que la filosofía utilitaria corrompe los espíritus; que no hay virtud ni grandeza sin sacrificio; que la lucha es noble cuando el adalid combate por su Dios a la plena luz del día y jamás coloca su campo de batalla entre las sombras. Y les dirá también que la poesía más duradera es la que expresa mejor los sentimientos eternos y naturales anhelos del corazón humano; y que siendo la poesía hija del cielo, su cultivo no puede entregarse al vulgo profano, pues la palabra inspirada sólo debe brotar de bocas purificadas por el carbón encendido que el serafín tomó del altar para consagrar los labios del profeta.

Así como cuando en una tarde de verano, levantamos los ojos a la faja del cielo que nos permite contemplar la estrechez de nuestras calles, vemos de pronto alguna nube bañada en reflejos de oro y de púrpura, y por el radiante aspecto de sus vellones comprendemos la esplendidez del espectáculo, invisible para nuestros ojos, que ofrece en esos instantes la puesta del sol, así también, cuando en medio de nuestra vida vulgar sin horizontes aparece un astro como el Padre Pallais en el cielo de la inteligencia, comprendemos que los fúlgidos atavíos con que se adorna, son apenas lejanos reflejos de ese sol eterno, fuente de toda verdad y de toda belleza, inaccesible a los débiles ojos de la carne, pero que algún día se hará patente, en el cielo encumbrado, a las miradas del espíritu.



(1) ECA, 1955, 693.